

CATHY HOPKINS

Todos los amigos juntos



1

¡Al fin!

—**N**unca pensé que llegaría este día —dije, mirando lo que quedaba de mi dormitorio.

Estaba muy limpio y ordenado. Por lo general, siempre estaba lleno de cosas: ropa y zapatos que sobresalían del armario, posters de mis últimos ídolos disputándose el lugar en la pared, libros y revistas sobrecargando el diminuto estante que estaba encima del radiador, y las muñecas, los lápices y crayones de Emma tirados en el suelo. Ahora estaba casi todo empacado y sólo quedaban la cama litera, los cajones vacíos y los estantes desocupados.

—También iremos a ayudarte a acomodar tus cosas en tu nueva casa —dijo Becca, que había venido con Lia temprano esa mañana para darme una mano con las tareas de último momento.

—¿Cuándo se mudan? —preguntó Lia.

—Pasado mañana —respondí—. ¡No veo la hora! Al fiiiiiiiiin tendré un dormitorio para mí sola. No es que no quiera a Emma, claro que la quiero. Pero ¿compartir el cuarto con mi hermanita y tener dulces pegoteados en el cubrecama por el resto de mi vida? Me parece que no. Será genial decorarlo a mi gusto y... bueno, tener un poco de espacio para mí, para variar.

Becca y Lia son mis mejores amigas. Becca es mi amiga desde la escuela primaria, y Lia, desde el comienzo del noveno año, tiempo atrás, cuando vino de Londres a vivir aquí, en Cornwall. Las dos siempre han

tenido habitación propia, de modo que no creo que sepan realmente lo que es compartir un dormitorio con una psicópata de seis años. Dormimos en el mismo cuarto desde que yo tenía nueve años, justo antes de la muerte de mamá, cuando todo cambió para siempre.

—¿Ya pensaste qué colores usarás en tu nueva habitación? —preguntó Becca, mientras se recogía su largo pelo. Tiene un cabello fabuloso, de un color increíble: como el de un setter irlandés, de un rojo brillante, a diferencia del mío, que es corto, oscuro y aburriiiiido a menos que me lo rice.

—No sé qué hacer —respondí—. Quiero que ustedes vean la habitación antes de tomar una decisión. Además, Jen dijo que es buena idea pasar varias semanas en un lugar antes de decidir algo. Para ver cómo lo siente uno, ¿saben?

Jen es la novia de papá, que pronto será su esposa. Vivirá con nosotros en la nueva casa, y ella y papá van a casarse al final de las vacaciones de verano, o sea, en unas cuatro semanas.

—Mi mamá dice eso sobre las mascotas —comentó Lia—. Cuando compramos nuestro cerdo barrigón, dijo que viviéramos con él por un tiempo y que ya se nos ocurriría el nombre apropiado. Después descubrimos que era hembra, así que fue una suerte que no le hubiésemos puesto nombre antes.

Reí. El cerdo mascota de ellos se llama Lola. La bautizó así el papá de Lia. Decía que le recordaba a una de sus admiradoras, que solía perseguirlo con unos zapatos rosados de tacón alto. El papá de Lia es Zac Axford, famosa estrella de rock. La familia Axford es la más glamorosa de todo Cornwall. Viven en una casa inmensa, como un hotel, y tienen un parque del tamaño de un país pequeño. Sin embargo, Lia es absolutamente normal, al menos en lo que se refiere a su personalidad, aunque de aspecto es deslumbrante. Alta, delgada, de cabello rubio casi blanco y ojos azul-plateados. Es la fantasía de todos los chicos. Los he observado cuando la ven pasar. Es comiquísimo. Cuando la miran parece como si los

ojos se les salieran de las órbitas y las lenguas se les cayeran al suelo. Pero ella no se da cuenta. Dice que parece un pato y que no tiene senos. Es curioso cómo nadie está conforme con su propio aspecto. Como Becca: ella también es muy bonita, pero se cree gorda cuando, en realidad, tiene curvas. Están locas. Las dos lucen fabulosas.

Becca se quedó pensativa un momento, mirando mi habitación.

—Será extraño que te mudes a otro lugar. Vives en esta casa desde que te conozco. Siempre venía aquí después de la escuela.

—Lo sé, pero oigan, ahora podrán venir a dormir a mi nueva casa sin tener que compartir una bolsa de dormir con alguna de las muñecas *Barbie* de Emma y sin un *Pequeño Pony* pegado a la oreja. Tiene cinco dormitorios: uno para papá y Jen, uno para Luke, uno para Joe, uno para Emma y uno para mí. Los chicos también están entusiasmados con tener un cuarto para cada uno; ellos estarán en el último piso. Incluso papá dijo que, una vez que estemos acomodados, quizá podamos tener un gatito. Será genial para todos.

Me alegraba que papá fuera a casarse con Jen. Ella me agradaba y nunca había tratado de portarse como nuestra nueva madre. Desde el comienzo dejó en claro que nunca nadie podría reemplazar a mamá. Jen trabaja como azafata y, hasta hace poco, volaba por todo el mundo. Pero, cuando nos mudemos, sólo hará vuelos nacionales para no estar lejos demasiado tiempo. Papá quería que renunciara a su trabajo y lo ayudara con el almacén, pero ella dijo que no, que estar juntos las veinticuatro horas del día es desastroso para una relación, mientras que la ausencia ablanda los corazones. Creo que ella es muy sabia y me alegro de que se mude con nosotros. Además de ser buena cocinera, hace reír a papá, y es genial verlo feliz y un poco más acicalado. Llegó un momento en que tuvo el pelo muy descuidado y largo, pero ahora se lo corta con regularidad, y con sus jeans y camisas nuevas, se lo ve medianamente decente para un adulto. Cuando mamá murió, pasó mucho tiempo triste y callado, y no se preocupaba por lucir bien. Era como si

se le hubiera escapado toda la vida. Trataba de actuar como si estuviera bien, pero yo me daba cuenta de que no era así. Fue un golpe muy duro para él. Se dedicó de lleno a su trabajo y se mantenía ocupado todo el tiempo, pero creo que lo hacía principalmente para no tener que pensar demasiado en que mamá ya no estaba.

Yo tenía que ayudar mucho en la casa, dado que él pasaba tanto tiempo en el almacén. Ésa es otra razón por la que me alegra que Jen venga a vivir con nosotros: puede ayudar con algunas tareas del hogar. Luke tiene once años, Joe tiene nueve y Emma, casi siete. Eso significa una tonelada de ropa para lavar y de platos sucios, y montañas de comida que comprar y preparar. No sé qué les pasa últimamente a Joe y Luke, pero parece que lo único que hacen es comer. Pan tostado con mantequilla, patatas fritas, salchichas y pastas, pero no engordan ni un gramo. Siendo yo la mayor y como no tenemos mamá, tuve que ocuparme muchísimo de mis hermanos y del trabajo de la casa. Será genial poder hacer al fin la vida de una chica normal.

En ese momento, papá se asomó por la puerta.

–Hola, chicas –dijo–. Ya que en la cocina casi todo está empacado y que ustedes van a cenar y dormir en casa de Lia, voy a comprar pizza. Llevo conmigo a los chicos y a Em para que no te molesten, Cat. ¿De acuerdo?

–Está bien, papá. ¿Qué queda por hacer?

Papá se encogió de hombros.

–No estoy seguro. Podrías recorrer las habitaciones y hacer una lista; más tarde dividiremos las tareas que falten.

Cuando se fueron, tomé un papel y empecé a anotar.

Baño: empacar los últimos artículos de tocador. Limpiar. Guardar las toallas húmedas separadas de las secas.

Vestíbulo: no olvidar abrigos, chaquetas y botas de lluvia.

–Parece que está casi listo –observó Lia, mientras íbamos de habitación en habitación.

Becca asintió y rió al salir del cuarto de Luke y Joe.

–¡Epa! Creo que nunca vi esa habitación así; siempre parecía un sitio bombardeado. ¡Asombroso!

–Ey, no olvides las lámparas –me recordó Lia, señalando al cielorraso–. No querrán dejarlas.

Miré hacia donde había señalado.

–Ah, sí. Gracias, las habríamos olvidado por completo y... ¡OH!

–¿Qué? –preguntó Lia–. ¿Qué pasa?

Volví a señalar el cielorraso.

–Allá arriba. Todos lo olvidamos. ¡El estúpido altillo! Hay pilas de cosas allá. Ay, no. Justo cuando pensaba que casi habíamos terminado.

El rostro de Becca se iluminó.

–¡Oigan! Tal vez encontremos algún tesoro olvidado allá arriba –dijo–. En los libros pasa todo el tiempo...

–O algún cuadro fabuloso que valga una fortuna –sugirió Lia–, o alguna antigüedad que cueste millones; pueden llevarlos a uno de esos programas que hay en televisión, donde los tasan...

Reí.

–¡En nuestro altillo, no lo creo! Allí están todas las porquerías que fuimos acumulando con los años, así que no se entusiasmen demasiado. Les aseguro que lo único que encontraremos son bolsas de ropa vieja que deberíamos haber regalado, algunos equipos de campamento y, básicamente, cosas que nadie quería. Aun así, será mejor bajarlas. Dudo que el nuevo propietario quiera encontrar su nuevo altillo lleno de basura.

–¿Dónde está la escalera? –preguntó Becca–. Yo no pierdo las esperanzas. Tal vez no buscaron bien.

–Sí, claro –respondí. Tomé la escalera de mano, que estaba detrás de la puerta del cuarto de papá, y la coloqué en el vestíbulo, bajo la abertura del altillo–. Creo que hay una llave de luz arriba a la izquierda –dije, mientras Becca subía primero y entraba.

Luego subió Lia y, por último, yo.

Becca encendió la luz y el espacio se iluminó, revelando la cara interna del tejado, algunos cables viejos, vigas de madera en el piso y en los rincones bajo los aleros, pilas de cajas de cartón y bolsas.

Abrimos el primer grupo de cajas y, efectivamente, estaban llenas de cosas viejas: gafas protectoras, equipos de buceo, patas de rana, un viejo juego de *Monopoly*, libros, revistas, zapatos viejos... Hasta Becca empezó a perder el interés al cabo de un rato, al ver que allí no había nada que valiera la pena y ni rastros de antigüedades o cuadros valiosos, aunque sí había un bloc con algunos de mis primeros dibujos de la escuela primaria.

—Algún día valdrán una fortuna —dije, colocándome el bloc bajo el brazo, y empecé a bajar nuevamente la escalera.

Trabajamos una hora bajando las cajas y llevándolas al vestíbulo. Yo esperaba al pie de la escalera y Lia y Becca me alcanzaban las cosas desde arriba.

—La última —anunció Lia por fin—. Es sólo una bolsa de plástico. Creo que tiene bolsas de dormir. Cuidado, voy a soltarla.

Soltó la bolsa y ésta cayó a mi lado, sobre la alfombra, con un golpe sordo.

—Bien, ya bajo —dijo Lia—. Vamos, Bec. Espera un momento, Cat, Becca desapareció. ¿Bec? ¿Qué pasa?

Lia desapareció de la abertura del altillo. Oía movimientos y sus voces arriba, pero no entendía lo que decían.

—Lia, Becca, ¿todo bien ahí arriba? —pregunté, y empecé a subir la escalera una vez más.

De pronto, la cara de Becca apareció en la abertura. Estaba iluminada de entusiasmo.

—Cat, ven aquí. ¡Creo que encontramos algo!